

los snobs sino el típico, el auténticamente chileno, subsiste aun en los barrios alejados del centro.

Estación, Yungay, Recoleta, Matadero, han adquirido vida artística en las novelas de Augusto d'Halmar, J. Eduardo Bello, Alberto Romero y Sepúlveda Leyton.

Todos los escritores y cronistas que integran el libro de Latcham, comprendieron el espíritu de la ciudad y lo expresaron, según su calidad evocadora; pero esas descripciones, esos recuerdos y esos relatos no habrían tenido relieve ni significación, si Ricardo Latcham, con una meticulosidad de anticuario, no hubiera desprendido los textos peculiares para incorporarlos en la armónica exposición de estampas de su antología de Santiago del Nuevo Extremo.—M. L.



<https://doi.org/10.29393/At189-13LVRT10013>

UN LIBRO VERNÁCULO Y UNA EDITORIAL DE ESCRITORES, por
Ricardo Tudela. (Mendoza)

Dentro de la geografía literaria argentina la región cuyana ha venido buscando, en todo lo que va del presente siglo, las formas artísticas de su fisonomía espiritual profunda. Es así como, en estos cuarenta años, se ha desarrollado todo un proceso cultural que abarca las actividades de la historia, el arte, la filosofía, las ciencias y hasta los estudios económico-sociales. Dentro de ese vasto movimiento, como acontece en todos los ciclos del desarrollo de una cultura, los artistas y pensadores han tomado la delantera y el principal papel. Junto a esa preponderancia es menester señalar el aporte que está dando a la cultura cuyana la honda inquietud por los estudios históricos, señaladamente justificada en un ambiente henchido de tradiciones y recuerdos de las gestas de la independencia. Empero, es evidente que, por exceso de precipitación y avidez por encontrar antes que otros la mejor documentación o las posibles hue-

llas desconocidas del pasado cuyano o argentino, quienes se dedican a esta clase de investigaciones han actuado en muchos casos con espíritu de improvisación y hasta de ligereza. Estas fallas han de subsanarse sin duda con una mayor experiencia en el futuro como consecuencia de una plena responsabilidad y madurez en esa clase de trabajos. De todos modos, es altamente significativo y promisorio que los espíritus ávidos de esta zona argentina encuentren en sí mismos, más allá del medio crudamente materialista, esa pasión y tenacidad para sumergirse en las polvorientas y a veces hostiles vías del pasado histórico.

En el mismo sentido, y siempre enfocando globalmente la actividad del pensamiento cuyano, cabe señalar la candente preocupación de los pensadores absorbidos por los agitados problemas de la economía y el desarrollo social regionales, cuya búsqueda y planteamiento suele entrañar para sus autores toda clase de malquerencias, incomprendiones y hasta odios. Como se sabe, dentro del convulso latir de la hora que vivimos no es posible dilucidar con espíritu libre ese aspecto de la organización y desarrollos colectivos sin herir o contravenir prejuicios o intereses políticos enquistados en las distintas capas sociales. Por la misma razón, suelen encontrar idénticos peligros y dificultades quienes abordan el problema social o cultural desde un aspecto que roce o establezca discusión con las normas éticas imperantes o los dogmas religiosos consagrados. Si quisiéramos dar dos simples ejemplos de los trastornos que se experimentan a este respecto—esto acontece actualmente por otra parte no sólo en Cuyo sino en todo el país y hasta en el mundo entero—, nos bastaría citar a dos figuras típicas y altamente representativas de Cuyo. Sarmiento y Agustín Alvarez. Ambos padecieron las mismas incomprendiones colectivas y fueron víctimas de las mismas estrecheces y prejuicios humanos. Y aun cabe citar, si queremos otro ejemplo vivo de regionalidad agresiva y estrecha, a Juan Crisóstomo Lafinur, que hubo de huir a través de las tres provincias cuyanas rumbo a Chile, llevando

a cuestras el enorme delito de tener ideas propias y conciencia libre.

* * *

Lo cierto es que la región cuyana ofrece al resto del país y a América una honda y fecunda inquietud cultural y espiritual. Es verdad que las mejores obras que se han logrado hasta ahora son en su inmensa mayoría fruto del sacrificio y la pasión individuales, pero con todo no es posible dejar de establecer que la flamante Universidad Nacional de Cuyo ha venido a entonar los desvelos y preocupaciones culturales. Ese organismo puede en realidad vivificar ricos y fecundos aspectos del alma regional, encauzándola hacia un espíritu metódico de investigación en las disciplinas científicas, filosóficas, históricas y morales. Todo ello bajo la constante compenetración de las grandes corrientes humanistas y sin olvidar, por cierto, tal como lo exigen los nuevos hechos que conmueven al mundo, el aporte sociológico y los palpitantes problemas económico-sociales que emergen de los mismos.

En lo puramente artístico, Cuyo tiene ya fisonomía y personalidad inconfundibles. Comprendiéndolo así, sus escritores representativos han resuelto agruparse para estructurar y vivificar ese vasto movimiento del espíritu y la cultura de la región. Al efecto, se ha fundado, dándole mayor intensidad y contenido a viejos intentos culturales una editorial de escritores cuyanos que sirva de instrumento y vehículo para tales propósitos. La empresa, como se comprenderá, a fuerza de idealista es sumamente difícil y riesgosa; pero está animada por un espíritu de mancomunidad y cooperación que con el tiempo dará necesariamente sus frutos.

* * *

Respondiendo al signo de la vasta región andina, se ha bautizado la empresa con el nombre de Editorial Oeste. Así,

todos los libros y publicaciones aparecerán en lo sucesivo bajo el sello de *Ediciones Oeste*. «Oeste», pues, será desde hoy una bandera de combate, de solidaridad cultural y de auténtica compenetración de lo regional y argentino. En este sentido, cabe declarar, debemos ser interpretados en el justo pensamiento que nos anima. No estamos «encarcelados» en un estrecho localismo ni tampoco en un regionalismo que importe cualquier género de unilateralidad o exclusivismo en las ideas, los conceptos, el sentimiento de la tierra, del hombre o la cultura. Nuestras aspiraciones desean ser tan amplias como la propia vida. Empero, hoy más que nunca, nos parece que el hombre necesita retornar fundamentalmente a su realidad substancial, y nada para lograrlo como entroncarse con el espíritu de la tierra. Cuando hablamos de «cuyanidad», por tanto, nos estamos refiriendo a algo perennemente vivo que parte de las raíces y la sangre de la tierra, pero que, al diversificarse en ramazones y ensambles afectivos, éticos, culturales y sociales, se funde y con substancia con las carnes y el nervio de lo argentino. Sabemos que una cultura autóctona no tiene acaso más posibilidad que la que brota de los escondidos y ricos veneros del folklore y la leyenda: que tal vez la historia contiene ciertos elementos que, desde sus modos particulares de ver, pueden en determinadas circunstancias avivar el movimiento y los afanes íntimos de lo que se anhela como cultura. Por saberlo siéntese el hombre siempre limitado y constreñido; es ese su temblor íntimo y su más secreto desgarramiento. Empero, el arte encierra una magia singular de transformación y liberación, y acontece así que cuanto no puede ser logrado y realizado por la ciencia, la filosofía, la religión, la historia o el anhelo social humanizador, lo logra bella y fructíferamente la creación artística. En su fondo, por tanto, el hombre depende más para su evolución y ascensión de su fuerza creadora y de su lirismo que de las sutilezas y audacias de su intelecto. Aunque parezca paradójal, eso mismo se puede afirmar de toda cultura. Si se llegase a dudar, ahí

están los vuelos y contiendas de Homero, Píndaro, Horacio, Séneca, Dante, Cervantes, Shakespeare, Lope de Vega, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Calderón, Racine, Rabelais, Emerson, Walt Whitmann, Goethe, Shiller, Hebbel, Nietzsche, Dostoiewski, Balzac, Stendhal, Baudelaire, Mallarmé, Tolstoi, Bécquer, Miguel de Unamuno, José Hernández, Rubén Darío, Alfama fuerte, Lugones, Antonio Machado, García Lorca, etc.; para no citar sino a genios desaparecidos. El arte, en ellos, fué en todo momento una manera profunda y heroica de liberarse, y ha tenido—tiene—más influjo sobre los impulsos e inspiraciones de los hombres que todos los aforismos y doctrinas de los siglos. Frente a la vida lo verdaderamente válido es aquello que la estructura y representa como vivencia y actividad emocional del corazón y la energía; y ese tono lo da plenamente la intuición y la creación artística, pues desde su hondura psicológica y pasional, el sufrimiento, el misterio del vivir y las más oscuras pulsaciones del ser desarrollan una riqueza indestructible de profundidad y lenguaje espiritual.

Lo que entendemos por «región», de consiguiente, se empapa de continuo en lo que «sentimos» como una unidad viva y creciente de argentinidad; y, por las mismas razones, cuanto se da en nuestra vocación como plenitud de lo argentino empápase sin cesar de universalidad.

* * *

Esa puede ser, en parte, la actitud y actividad de los integrantes del grupo «Oeste». Mucho fervor anímico para lo substancial de la tierra y los ojos porfiadamente abiertos para los grandes problemas del hombre y la cultura.

Como comprobación de algunos de tales aspectos, la Editorial Oeste ha entregado a la publicidad el primer volumen de la *Colección de Autores Cuyanos*, compuesto por la obra del conocido escritor, folklorista, historiador y poeta mendocino Juan

Draghi Lucero: «Las mil y una noches argentinas». La obra ha sido saludada ya por lo más representativo de la crítica nacional y continental como digno comienzo de la empresa y señalada además como auténtica expresión del alma vernácula. Son trece narraciones de tipo simple y espontáneo en cuya trama se mueven formas dispersas de la fantasía instintiva, del ancestro, la tradición, los mitos telúricos, la evocación supersticiosa de los maleficios, etc., todo ello fundido en un relato en que la picardía se une a la ingenuidad, el sueño imposible a la crudeza criolla cotidiana, las alegorías primitivas a las puras y olvidadas menudencias del sentir comarcano. Bajo tal advocación, el sentimiento fluye libre y feliz como un niño que se ve de pronto dueño de la verde anchura del campo. Y, en verdad, algo del gozo instintivo e inefable de los infantiles lugares agrestes palpita en cada narración, pues lo que se cuenta casi siempre no tiene tanta vida por sí mismo como por lo que dibuja en el horizonte vernáculo.

Lo que más atrae del libro, y que constituye su valor indiscutible, es sin duda ese juego de las emociones populares nativas. A través de ese intento limpio y ceñido del autor, el alma comarcana se place en darse sus propios recreos espirituales, viéndose vivir en la aparente quimera lugareña y los sucesos inverosímiles. En el fondo, quimera e inverosimilitud tienen realidad humana o imaginativa en la tradición, el folklore o la leyenda; porque es bien sabido que un pueblo es igualmente válido para sí tanto en lo que construye por la manualidad técnica o científica como por el despliegue de sus sueños y aventuras incoercibles. Pueblo que no sueña, es pueblo vacilante; es seguro que no se nutre ni de sus raíces telúricas ni de aquellas otras, más profundas y vitales, que emergen del terreno subjetivo de su fantasía y de su fe.

Juan Draghi Lucero, como hombre que se ha adentrado en los sueños y el latido íntimo de su pueblo, encuentra en su instinto siempre alerta y en su activa simplicidad las formas ade-

cuadas y el sentido vernáculo que las mueve. Por eso en «Las mil y una noches argentinas» armonizan bellamente el lenguaje y los episodios, el tono y la atmósfera buscada.

Es evidente que el autor profesa ciertos credos éticos y estéticos que se agitan en su mente bajo la tensión de la historia. Su afán es así un afán de compenetración geográfica y hasta geológica, pues adivina que por tales abismos se perdieron las huellas raciales. Por eso dice: «Hay una realidad patente: nuestra geografía eterna». Mas como toda geografía necesita ámbito humano y acontecer existencial, su intuición de la tierra se abre a través del arte como una totalidad legendaria e histórica del hombre. Es éste, por tanto, el protagonista y el hecho vital, doblemente valioso porque el arte le da íntimo estremecimiento y mágica dimensión.

Me parece que este párrafo que pone en su introducción es por demás significativo y revelador: «Retornar a la tierra es la gran voz, pero ha de ser con el total de los conocimientos históricos como carga obligada. Sin esta dura condición veremos nuestra geografía siempre con ojos extranjeros. Tiempo es ya de combatir de frente a la estúpida admiración de calibre turístico con que medimos llano y sierra, mediante el velocímetro yanqui. . . ¡Es hora de detenerse a pensar! ¡Ha llegado el momento del diálogo con la tierra nativa!»

* * *

He aquí, según mi modesto entender, la valiosa pulpa que encierra la corteza literaria de este libro: «¡Ha llegado el momento del diálogo con la tierra nativa!». En su plural significación hierven valiosos y profundos sentimientos humanos. Ese simple pensamiento enuncia y anuncia. ¡Ha llegado el momento del diálogo con la tierra nativa! Tiene razón Juan Draghi Lucero: sin ese pleno sentido de la tierra no es posible encontrar el alma que nos pertenece; no es posible tampoco dar con

la cultura que necesitamos, pues de la tierra nótrense los instintos, la fantasía, el afán creador y los quemantes desvelos de la libertad. Es por ella, además, cómo las intuiciones más íntimas fecundan la verdadera medida humana y la articulan en lo básico del carácter racial y la personalidad.

Contemplando en su conjunto, «Las mil y una noches argentinas» de una gozosa modalidad a la narrativa argentina. Por ello ese libro constituye desde ahora una preciada expresión del relato vernáculo, teniendo además el valor singular, en la substantividad de su unidad artística, de proyectarse en el futuro como registro y hallazgo de viejas fórmulas folklóricas y valores étnicos y psicológicos en trance de desaparición.

Este caudal señero tiene hoy más que nunca actuación y contenido en la literatura nacional. Quien como Draghi Lucero ha sabido percatarse y advertirlo a tiempo, merece el apoyo y el aplauso sin reservas del público y la crítica.— RICARDO TUDELA.



FRANKREICHS TOTENTANZ UM DIE «MENSCHENRÉCHTE» por
Friedrich Hasselbacher. Primera edición, 240 págs.—Edit.
Paul Hochmuth, Berlin 1940.

El autor es muy conocido en la literatura nazi de la actual Alemania. Friedrich Hasselbacher es un especialista, él se designa investigador histórico-científico de publicaciones sensacionalistas—que no es lo mismo que sensacional—sobre temas antimasónicos y antisemitas. Tal especialización le ha procurado una cierta notoriedad en la literatura que pudiéramos considerar como semioficial del Tercer Reich y suponemos que el presente libro, tras la derrota francesa, alcanzará gran difusión dentro y fuera de Alemania. El fuera se refiere especialmente a los núcleos alemanes en el extranjero, entre los que cuentan principalmente los existentes en determinados países